

La Transición a debate. David Castillo, Luis Mateo Díez, Jordi Doce

La tarde anterior a la inauguración del simposio berlinés a cargo de Luis Mateo Díez con una reflexión sobre “Escritura y memoria” tuvo lugar –casi como su preámbulo– una lectura poética de poemas a cargo del poeta y novelista catalán David Castillo y del poeta, traductor y ensayista Jordi Doce. Los textos leídos fueron ya publicados con su traducción alemana en la antología Cuando va a la ciudad, mi poesía. Das Gedicht und die Stadt. Gegenwartslyrik aus Spanien (1980–2005) (Madrid, SIAL 2005). La inminencia de la publicación de las actas del simposio propició una nueva reunión de los tres autores –de perfil biográfico y temperamento bien distintos– para revisar desde la perspectiva más actual los años de la Transición. Durante el debate, cada uno de los tres escritores desglosó las claves autobiográficas específicas de su experiencia de la Transición: el novelista Luis Mateo Díez (1942) lo hizo desde la atalaya de la generación agente del cambio y regidora de la sociedad de él emergida, David Castillo (1961) pergeñó un balance generacional de quienes se implicaron en la resistencia política aún durante los años de la Transición, mientras que Jordi Doce (1967), sin ser por edad testigo directo, recabó en formas de experiencia heredada gracias a la memoria familiar y a las lecturas. Además, incidiendo en la importancia de la Transición en su obra, los tres autores reflexionaron sobre los aspectos más reveladores de los discursos políticos, sociales y culturales de finales de los setenta y de los ochenta en España. De la lectura del debate –cuya esmerada transcripción, hecha por Annika Maaß, fue revisada por los tres escritores– se desprende una visión contrastada por la diferente vivencia y valoración de la Transición así como las posibilidades de referirla al momento histórico que define actualmente a la sociedad española.

(Javier Gómez-Montero)

¿Cómo viviste la Transición?

Luis Mateo Díez: La viví como una expectativa, tenía la convicción y la conciencia de que algo había terminado definitivamente y que venía ese momento nuevo un poco indeciso de camino hacia algo distinto, pero la conciencia más fuerte es que habíamos liquidado una etapa de la historia de España. Y eso daba alicientes, creaba expectativas y esperanzas. Yo pertenezco a una generación en la que el compromiso de lo que fue la lucha contra el franquismo estaba unido también a cierta ingenuidad de edad y mirada, las ilusiones ante lo nuevo eran enormes. Fíjate, yo diría casi más, cuando leo algunos de los testimonios de la mirada de los intelectuales italianos al final de la guerra sobre los resultados del gran desastre, de la gran desolación que supuso todo aquello encuentro algo parecido. Dice Italo Calvino, por ejemplo, que lo que había era como una sensación un poco ingenua y exaltada de cómo construir una nueva realidad. Había acabado lo más duro, Italia había estado sometida y comprometida con lo más ominoso y aquellos intelectuales, aquellos jóvenes del arranque tenían la sobrecarga de la ilusión. Yo creo que en la Transición hay una herencia de esa ilusión, salir de la parte ominosa, y hay una experiencia vitalista, una experiencia llena de expectativas y de ilusiones.

Jordi Doce: Bien, yo no podría desligar esa pregunta de las circunstancias biográficas, es decir, yo la viví como un niño, que es lo que era, tenía ocho años cuando murió Franco. La viví con unos padres que estaban muy metidos y muy implicados, no en la lucha antifranquista, pero sí en esa resistencia social e intelectual que implicaba a un amplio sector de la sociedad española. Pero, de hecho, a posteriori, cuando uno reflexiona un poco sobre su propio itinerario biográfico, surgen cosas: recuerdo que cuando en el año 82 el PSOE ganó las elecciones yo estaba comenzando la adolescencia, y que cuando el famoso referéndum de la OTAN yo cumplía los 18 años, es decir que hay una serie de hitos en esa infancia, adolescencia, juventud que tienen mucho que ver y coinciden con ciertos momentos que se podrían denominar claves de la trayectoria de la Transición. Así que se vivió con ilusión, como ha dicho Luis Mateo Díez, y la vivimos también con cierto desencanto. Con el tiempo aprendí a desprenderme de ese desencanto, que tenía más que ver con las propias expectativas de mis padres que con las mías, y aprendí a valorar lo que aquella Transición tuvo de benéfico y tuvo de esperanzador, lo que aportó a la renovación de este país. Y con el tiempo he aprendido a juzgar también sus zonas grises, pero desde mi propia

perspectiva y no desde la perspectiva heredada de lo que sería el ambiente doméstico familiar. En una palabra, la viví como un niño, y es ahora cuando tengo que revivirla como un adulto con las informaciones que puedo ir recabando de aquí y de allá.

Luis Mateo Díez: Completo un poco lo que dice Jordi, que tiene esa otra sugerencia de mirada, porque es verdad, es verdad, claro que la Transición en alguien de mi generación, bueno, genera esa expectativa, yo pienso que muy esperanzadora, como la salida del túnel, era una cosa angustiosa de la que salías. Eso es un tramo en el que en seguida uno comienza a sentir que las cosas no van a ser como quisieras y eso yo pienso que tiene que ver con un exceso de ilusión. Y es por eso que había mencionado a Calvino, porque me parece que esa gran explosión esperanzadora de la ilusión en la posguerra italiana diríamos que es como una explosión beneficiosa e inocente, en el buen sentido de la palabra —se acabó aquello y ahora va a empezar lo bueno, y algo de eso yo creo que nos pasó. La parte crucial política de la Transición española la protagonizan en un tanto por ciento elevado gentes de mi generación, los que estaban sentados conmigo en el pupitre. En seguida se ve que esa vertiente idealista exageradamente idealizada de que la realidad era nuestra y de que ahora podíamos dar lo mejor de nosotros mismos al país en el que habíamos vivido de una manera tan sojuzgada y tan penosa —en seguida se empieza a ver que no, que los tiempos han cambiado y que probablemente la propia marcha de los tiempos hace que el desarrollo de los compromisos políticos conlleve otros compromisos. Jordi ha citado un evento crucial para mí, que es lo de la OTAN. Lo de la OTAN, diríamos, que es una especie de derrota moral que a algunos nos supuso un descalabro inaceptable. El cómo nos vendió la OTAN el PSOE es para muchos de los que estábamos allí en aquel momento, en plenas manifestaciones, un engaño. Y probablemente hubo razones políticas de que se hacía desde donde había que hacerlo y desde donde se gobernaba y se llevaba a cabo la política precisa. Probablemente había razones suficientes para que se hiciese aquello, pero el cómo se nos vendía fue un saqueo moral, una bofetada a nuestra conciencia. En ese sentido, en lo humano, en lo personal, en lo particular hay avatares traumáticos. Pero todos sabemos que la Transición formalmente está hecha con unos pactos perfectos para que todo funcione en un país lleno de vicisitudes y de contradicciones. El que hubiera figuras del partido comunista, de Acción Popular, de todos los bandos dispuestos a gobernar aquello entendiéndose es una muestra de ejemplaridad, pero esa generación que ve cómo sus compañeros se deciden a administrar el

compromiso de lo que tienen es una generación irremediablemente traicionada y echada a perder. Son las ilusiones perdidas y probablemente lo que hubo ahí es un exceso también de expectativas. La política es un juego de realidades y los idealismos son juegos de otro tipo.

David, ¿qué aspectos políticos y existenciales destacarías recordando cómo viviste personalmente la Transición en Barcelona?

David Castillo: Bueno, yo era un adolescente en los años setenta en ese momento, en el último franquismo que acaba en 1974 después de la época de la relajación. En España, la última pena de muerte es en 1963 (son dos militantes anarquistas que fueron llevados al garrote) pero hasta 1974 no hay dos nuevos ajusticiamientos: uno es un militante anarquista que ha matado un policía y le dan garrote vil, y el otro es un alemán del Este que había matado un guardia civil en un tiroteo, Heinz Chez. El militante anarquista catalán se llamaba Salvador Puig Antich. En 1975 hay cinco penas de muerte: dos militantes de ETA y tres militantes del FRAP (Frente de la Resistencia Antifascista Patriótico). O sea, durante los años sesenta y principios de los setenta gracias entre otras cosas a los alemanes que vienen en masa a nuestro país, hay una gran conexión con Alemania, una conexión que no se produce ni con los franceses ni con los ingleses, ni con los belgas, ni con los holandeses, con los alemanes sí, hay una promiscuidad... con los alemanes, con los nórdicos, hay una relación que se nos hace abrirnos hacia un territorio europeo moderno y que, como es el caso de Alemania, viene de la destrucción total y absoluta. Nosotros estábamos encerrados con la única ventana del turismo, básicamente la del turismo alemán. Creo que en ese momento de la andada a la democracia también son los alemanes y los suecos los que apuestan decididamente por España, sobretudo el partido socialdemócrata alemán, primero con Willy Brandt, y el partido socialdemócrata sueco, con Olof Palme, quienes hacen desaparecer el partido socialista del exilio, le quitan las siglas y montan un partido moderno. En ese momento en España la fuerza hegemónica de la izquierda es el partido comunista en la clandestinidad que abarca todos los sectores: obreros, profesionales, profesores liberales —todos. La fuerza mayoritaria en España y en Cataluña es el partido comunista y buscan una fuerza de izquierdas con los socialistas, una socialdemocracia civilizada que es la que se acaba imponiendo. Hay una versión oficial que es la visión de los políticos (la Transición política) y hay otra versión de la calle. La verdad es que nosotros

estábamos curiosos, íbamos todos con melenas, muchas melenas, teníamos una gran inquietud y una gran curiosidad, nunca habíamos visto los pechos de las chicas, y contábamos por opciones radicales: hippies, psicodélicos, punks, después... movimientos de rock'n' roll. El franquismo decide aceptar la mini-falda de las mujeres y las actitudes cambian, pero el machismo continúa, se resiste a ser vencido, ¿no? A mediados de los años setenta se te abren los ojos continuamente a la literatura de Henry Miller, a los discos de Frank Zappa, al fenómeno punk, a la literatura de Anaïs Nin, a la literatura de muchos libros prohibidos, a veces absurdamente prohibidos, todo llega de golpe. Piensa que en el 77/78 se publican igual tratados de existencialistas franceses, que se publican sin censura, y los primeros libros de Heinrich Böll o de Günther Grass o de Peter Handke, y hay un gran movimiento de abrir los ojos. Es un fenómeno, pues, que también hay que asociar a la necesidad de que uno de los estados grandes de Europa se incorpore a la Unión Europea, lo que tardará hasta el 86. Entonces el partido comunista opta por la vía eurocomunista (según el modelo italiano más suave), cuando los socialdemócratas se decantan por la socialdemocracia alemana y los americanos tienen miedo de que el país se convierta en una nueva Portugal de los Claveles y así apuestan por organizaciones del centro demócrata-cristianas. Nosotros... ¿cómo lo vivimos? Con rabia. Nosotros no somos ni comunistas ni socialistas, sino que íbamos al margen –del trotskismo hacia el anarquismo, tanto políticamente como de actitud vital. Y eso durante la Transición era reprimido duramente, porque el Ministro del Interior de la primera legislatura democrática se piensa que el anarquismo que llega es el mismo que el de durante la Guerra Civil e invierte mucho capital para la represión policial, hasta que todo el movimiento queda destruido. También hay una entrada muy fuerte de la heroína, tanto en el País Vasco como en Cataluña, y luego en Madrid, la heroína fue un desastre para el movimiento que era reprimido políticamente pero también socialmente a través de la heroína. Su entrada en el 77 para la juventud fue un desastre absoluto. Pasamos del 77 –una gran fiesta– al año 1980 que fue el de una gran resaca. Nosotros fuimos duramente castigados. En el patio de la prisión Modelo en el año 1980 dando vueltas –pero dando vueltas llenos de piojos, en condiciones infrahumanas, llenos de parásitos y con el fondo este de ladrón– pues dando vueltas mirando el cielo. Es el comienzo de los años 80, y surge la despolitización, la gente abandona el compromiso político, aparecen los políticos profesionales que sustituyen a los activistas del franquismo y de la Transición, la heroína sustituida por la cocaína, por una droga más hedonista, y el fenómeno punk y hippie se convierte en la

New Wave o en los Spandau Ballet o los Duran Duran. George Michael con su grupo *Wham!* es un cambio de escenario. Y yo creo que ahí empieza a deformarse lo que es la historia personal hacia una historia mucho más “light” y ya nadie pide la revolución. Los libros que habían sido bestsellers durante la Transición, de Bakunin, de Marx, de Engels, de Hegel, de los revisionistas alemanes de la Segunda Internacional, todo eso, Marcuse, Sartre, Lukács, Althusser –¿qué te diré?– Albert Camus incluso, todo eso desaparece y hay un nuevo escenario, un escenario, pues, marcado por los peinados, los maquillajes, la moda, los coches –muy diferente. Es un cambio de modelo. Es finalmente durante la época de la democracia que se han traído los fondos de la Comunidad Europea, y entonces el país se transforma, se abren los mercados y la sociedad cambia.

Volvamos a cuestiones literarias: ¿nos podéis decir algo del tema de la Transición en vuestra obra, o delinear la huella de la Transición en ella?

Luis Mateo Díez: Yo como narrador tengo pocos compromisos con la actualidad, pocos compromisos explícitos con la actualidad. Los compromisos que yo puedo tener con la actualidad que vivo se sirven un poco del espejo de mi memoria. Y además como escritor tuve cierta lucidez de hacer un camino personal acorde a mi propio camino vital, diríamos que en eso hasta temáticamente mi obra viaja un poco al pasado, viajaba a un pasado en el que yo estoy... es el pasado de este país pero es también el pasado de mi memoria y yo no tengo tampoco mucho sentido de compromiso con el inmediato. Me gusta mucho el compromiso de la literatura con la memoria aunque la memoria es un bien peligroso y me parece que había un recorrido hacia atrás que yo necesitaba hacer. Esa etapa de la Transición no tiene un reflejo en mi obra. Diríamos que a mí me interesa mucho en ese momento la posguerra, lo que es la memoria de un niño de posguerra, lo que son esas ciudades perdidas de ese mundo perdido que fue la posguerra española, no la Guerra Civil, lo que vino luego. Tal vez eso matizaba mucho una parte de experiencias mías y además poco a poco afiné un cierto sentido simbólico de ese tiempo. Me parecía que los años 50 españoles eran muy demostrativos de la condición humana, la posibilidad del ‘quiero y no puedo’, del ‘soy y no me dejan’, de las limitaciones del vivir, de los propios compromisos hasta físicos, de expresión de las libertades coartadas. Yo acoté un espacio temporal y también material en ese tiempo donde me parece

que desgraciadamente la condición humana se miraba con un sentido más significativo que en lo que podía venir. Lo bullente de lo que pudo ser ese mundo de la Transición cuando yo todavía lo viví con esa esperanza denodada y esa exaltación un poco posjuvenil, no deja ningún tipo de rastro en mi obra, y yo creo que, si lo recuerdo ahora, literariamente no me interesa nada.

Jordi Doce: No creo que haya una presencia explícita, bueno, de hecho estoy seguro de que no la hay, primero porque los asuntos que he tratado en mis poemas hasta ahora tienen que ver con cierta exploración del yo, con su entorno y naturaleza, en fin, no hay mucho sitio en ellos para preocupaciones sociales que sí tengo como individuo y como sujeto civil. Lo que sí recuerdo es que la decisión consciente de asumir la vocación literaria como algo más que un pasatiempo coincide con un momento sociopolítico en este país que para un joven de 19 o 20 años era especialmente delicado, es decir, era el tiempo en que un gobierno presuntamente socialista tenía ministros que decían que en este país se podía uno enriquecer fácilmente, había un ambiente degradado por cierta idea yo creo que muy superficial y muy falaz del éxito social y del éxito económico, era la época de los Mario Conde y los Albertos, un ambiente en el que yo no quería participar y del que tampoco veía muy bien cómo podía escapar (aunque sabía de manera visceral que *debía* escapar de él). Al parecer, según ciertas estadísticas y ciertos estudios sociológicos, fue mi generación la que luego acabó votando en el año 97 al PP, pero obviamente yo no podía estar ahí, no podía contemplar ese voto como una alternativa plausible. Sin embargo, me daba cuenta que éstas eran expectativas heredadas, como dije en mi primera respuesta, es decir, que estaba manejando conceptos y esperanzas o ilusiones que no había madurado del todo, que había heredado del ambiente. Y a posteriori, pues, sospecho que esa desconfianza en los grandes sistemas ideológicos, ese escepticismo un poco desilusionado con respecto a los grandes relatos, aparecen en mi actitud como escritor. Quizás eso se ve más sobre todo en mi libro de notas y fragmentos, que es un libro donde hay una obsesión muy grande por las palabras, por la forma en que esas palabras se manipulan, por la forma en que se juega de manera perversa o irresponsable con esa materia común que es el lenguaje; ahí es donde yo puedo ver que eso ha tenido algún tipo de influencia, una influencia paradójica y hasta contradictoria: por una parte el desencanto, por otra parte también un escepticismo que impide, en última instancia, encantarse de nuevo.

David, ¿cómo ha influido tu experiencia personal de la Transición y qué consecuencias tuvo en tu obra?

David Castillo: Pues, totalmente. Totalmente, porque mi novela *Cielo del infierno* se sitúa en el año 1980, y empieza en la cárcel Modelo, el día del asesinato de John Lennon en la ciudad de Nueva York y va hacia el hotel donde lo mataron. Ahí empieza la novela y acaba en 1982 durante el mundial de fútbol, durante el partido entre Brasil e Italia, el fútbol bonito de la selección brasileña ante el fútbol práctico de la selección italiana, que con tres contra-ataques destrozó la selección brasileña de mucha calidad, de mucha belleza –el arte ante la praxis, ante una cosa pragmática, ¿no? Es biografía poética totalmente, es la evolución de la ciudad –de la ciudad que todavía tiene chabolas, barracas, la ciudad con muchas de sus montañas (pues son como favelas de Rio de Janeiro)– a la ciudad moderna, a los rascacielos de los grandes arquitectos, de los mejores arquitectos del mundo, los alemanes, los brasileños, los españoles, todos los arquitectos que construyen en la ciudad sus edificios. Es la España que se transforma, en la que entra mucho dinero del turismo, que pierde la industria, que las fábricas se van, que pierde los obreros y que entra una sociedad de servicios muy burguesa, no sólo muy burguesa sino muy aburguesada, y que de ser un país de emigrantes se convierte en un país de turistas y que recibe emigrantes desde fuera, o sea que de los emigrantes indigentes que van a Suiza, Alemania a trabajar, se pasa a recibir media Sudamérica, al Maghreb. Es un cambio de mentalidad de 180 grados. Y en torno a la literatura, pues también: de tener una tal literatura casi anacrónica, la literatura realista de Camilo José Cela o de Miguel Delibes, con la literatura española como decimonónica, casi del siglo XIX, se llega a lo sumo de la vanguardia, ¿no? Todo se transforma. Se elimina el servicio militar obligatorio y no va nadie a la mili, nadie tiene que ir, ahora tienen que contratar a argentinos o uruguayos para nuestras fuerzas armadas. Por ejemplo, los argentinos o los uruguayos se adaptan, pero los musulmanes no, continúan cerrados. A la vez se pasa de una sociedad que vive en la calle, (porque las casas son pobres), a una sociedad que no sale a la calle. Se ha hecho un estudio sociológico que dice que un barcelonés no se mueve más allá de 150 m² de su casa. Hay un fenómeno de *cocooning*, la burocratización del ámbito doméstico. El divorcio estaba prohibido, y se pasa a que sea todo lo contrario, o por ejemplo esas píldoras anticonceptivas, o por ejemplo los abortos –todo eso estaba prohibido. La gente se iba a abortar a Londres. Se iba a ver cine con desnudos a Perpignan. Todo esto se transforma y todo esto muestra un desconcierto que también aparece en mi obra, tanto en las novelas como en los libros de

poesía. En los libros de poesía, pues, hablo de la transformación de la ciudad como una alteración del estado espiritual, también de lo que es el concepto del amor como algo efímero, ya no de la idealización neoplatónica del amor como algo espiritual y trascendente, sino también de las relaciones esporádicas de un liberalismo absoluto en el ámbito amoroso, no las cadenas. Antes te casabas con tu mujer estabas siempre con ella, ahora la mayoría de la gente joven ha vivido con cinco hombres o con cinco mujeres, tanto las mujeres como los hombres, es una transformación en todos los terrenos, no exclusivamente político. Yo creo que políticamente no se ha adelantado tanto, porque simplemente se han cogido unos estándares de democracia aburrida parlamentaria, pero cambia la sociedad, se transforma mucho.

¿Os parece que vivimos una segunda Transición?

David Castillo: ¡No, en absoluto! Nadie de los jóvenes sabe quién es Franco. Casi nadie entiende, entre los jóvenes, cuando uno hace una referencia a Puig Antich en un poema o en una novela (este militante anarquista que murió al garrote vil en el 74). Ahora han hecho la película, protagonizada por el actor de *Goodbye Lenin*, Daniel Brühl, y los jóvenes no saben que eso pasó y de Franco..., ¡cómo si les hablas de los Reyes Católicos o de la Revolución francesa! Han pasado 31 años desde la muerte de Franco, o sea que alguien que nació en el 74/75 tiene 32 años, ya son adultos.

Luis Mateo Díez: Creo que la Transición, que como arquetipo de un proceso histórico está bien definido, tiene un cumplimiento en el tiempo en que sucede. Entonces, bien, eso estructura un cierto arquetipo de coincidencias socio-económico-políticas en las cuales hay una revisión del punto de llegada al que se arrima tras la muerte del dictador una compaginación y confabulación de fuerzas que deciden unificar un criterio para superar eso, unos precisos acuerdos muy ejemplares, seguro, yo creo que unas actitudes personales de determinados políticos históricos en aquel momento generosas y en bien de la nación, como se dice. Bueno, eso es lo que sucede en la política. Luego por debajo todo esto bulle, bulle una mirada o experiencia generacional, que observa con variadas expectativas lo que sucede. De modo y manera que, sí que me parece que ese mecanismo de la Transición sí que es un mecanismo en algún sentido progresista, o sea que hay un salto histórico que se produce sin que los añadidos retardatarios tengan mucha voz y de modo y de manera que la historia va por su cauce hacia adelante. Y yo pienso que eso termina una vez que se cumple. Se instaura la demo-

cracia, se supedita toda la estructuración estatal, hay una monarquía constitucional, hay una constitución aceptada, y hay una estratificación de partidos muy variopintos, curiosos, estrafalarios, todo tipo de opciones, se hace una reestructuración politicoadministrativa del país, se diseña un país distinto en sus demarcaciones geográficas, se buscan las autonomías, en fin, se hacen todo ese tipo de operaciones y todo eso, diríamos, con la consciencia del cumplimiento de una constitución en la que los “padres de la patria” se ponen de acuerdo para que eso sea así. Yo pienso que eso es un tiempo histórico que termina, y eso es la Transición, los años que dura la Transición. Claro que hay muchas opciones, claro que hay cosas que no se saldan, que hay elementos de la memoria que se dejan, que hay como acuerdos morales para establecer olvidos adecuados —pues, bien, yo creo que eso en general, el pueblo lo ve bien y queda así. Tomar medidas ahora a todo lo pasado para invocar otra segunda Transición, de reclamarle a aquella Transición lo que dijo que hacía pero no hizo, de establecer otros tránsitos históricos excesivamente premeditados y atados a aquélla, me parece absurdo. Este país es distinto desde que eso sucedió. Es distinto en el sentido de que se liquidaron unas cosas que habían durado más tiempo del debido, se instaura la democracia y el juego se establece de otro modo. Yo no tengo ningún tipo de consciencia de que estemos ahora, diríamos, haciendo otra Transición. Lo que pasa es que lo que estamos viendo es cómo en España se establecen los partidos como auténticos acreedores de la realidad y de la administración de lo que somos. Y en esto nos parecemos ya mucho al resto de Europa. Yo no veo aquí méritos especiales, todas estas historias de recuperación de la memoria histórica, lo veo como un tipo de folclore ideológico con respecto a un pasado que no es otra cosa que un pasado. No..., desenterrar viejas fosas pertenece a un ámbito personal de memoria particular dolorosísima, terrible, pero como elemento simbólico está culminado. Hoy día España está viviendo no una segunda o una tercera transición, está viviendo veinte mil problemas que todavía no están resueltos.

Jordi Doce: Estoy fundamentalmente de acuerdo con Luis Mateo y con David en que al período en el que estamos no lo llamaría una segunda Transición. La acción de gobierno ahora mismo tiene un tenor nominalmente progresista, al menos en cuestiones sociales, en cuestiones de organización social, pero tiene también componentes típicos de toda política de masas, es decir, componentes populistas y demagógicos. Lo que sí es verdad es que hay una enorme distancia entre esta política y las construcciones teóricas de lucha de la resistencia antifranquista que se desarrollaba bien en España, bien en el extranjero, por ejemplo en París, y que queda de mani-

fiesto, si uno lee un poco los escritos de los años 70, en revistas como *Ruedo Ibérico*. Allí se podía leer cómo iba a ser y cómo iba a desarrollarse en teoría la política española, la realidad sociopolítica española tras la muerte de Franco. Evidentemente, la realidad es muy tozuda y lo que la realidad nos ha demostrado es que había un gran sector del país, una gran masa social que por inercia, por miedo, por supersticiones de todo tipo, no vivía particularmente mal bajo un régimen que era a todas luces siniestro. Y esa masa social ha tenido también su recorrido y ha tenido también que tenerse en cuenta a la hora de construir un presente y un futuro para el país (no estoy adjetivando a esa masa social, estoy diciendo que existía). Y por tanto todavía hay resistencias que operan en el interior mismo de la sociedad española. Y hablaría más de impulsos que de ideología. Son ciertas resistencias de orden psicológico o emocional que están ahí, que forman parte un poco del substrato de la sociedad española y que a veces reaparecen en forma de incapacidad para asumir debates políticos con respeto, con tolerancia y elegancia hacia el adversario, y en cierta incapacidad que advierto en nuestra sociedad para aceptar al contrario, al otro, al adversario político y al Otro en general también. Pero al mismo tiempo, con todos esos elementos negativos, es cierto, sin embargo, que en un mismo momento históricos de muy distintos signos y con experiencias políticas muy distintas incluso antagónicas se pusieron de acuerdo e hicieron que esto saliera adelante. Es decir, que incluso me sorprende, en ocasiones, a la vista del tono de la política española en estos momentos (en especial por parte de una derecha irredenta), que este acuerdo se lograra, y en cierto sentido me parece no sólo excepcional sino, en fin, algo digno de ser celebrado. No sé si he seguido un argumento muy claro en mi exposición, pero —en resumen— yo no diría que hay una segunda Transición, lo que pasa es que estamos ahora mismo ante un gobierno de signo presuntamente progresista que ha incidido en algunas cuestiones en particular, sobre todo en temas sociales... porque los grandes relatos ideológicos ciertamente han quedado un poco apagados. Y luego, me temo que todo el tema de la recuperación histórica, de la memoria histórica, como dice Luis Mateo, puede ser un poquito folclórico, no descarto también que haya un componente populista o de cara a la galería para recuperar interesadamente ciertos valores de la República española y con eso tener contento a un sector de la población que cree en este tipo de emblemas. Pero tampoco me parece mal, porque la experiencia nos demuestra que si no afinamos nuestro relato podemos encontrarnos con que nos roban la cartera; es decir, hay en España medios de comunicación, mucha gente que está practicando un revisionismo histórico mendaz y peligroso. Es verdad que el bando republicano tiene

también ciertos mitos, pero a veces se da la vuelta a la tortilla de manera manifiestamente falsa. Es decir, me parece muy bien que a la hora de empezar a mirar un poco las virtudes y carencias de la República española no caigamos en la glorificación beata de cierta izquierda, pero de ahí a ese revisionismo según el cual la Guerra Civil empezó en el 34 con la revolución en Asturias... Eso ya es demasiado; ahí se da un paso muy grande que muchos han andado con demasiada alegría y con intenciones más bien oscuras y tendenciosas. Ese revisionismo me parece muy peligroso, pero en cualquier caso no creo que este momento constituya para nada una segunda Transición.

En vuestra opinión, ¿fue silenciada o reprimida la memoria histórica durante la Transición? Y si lo veis así, ¿qué aspectos deberían sacarse hoy a relucir?

Luis Mateo Díez: Remataría un poco con lo que contaba Jordi, que es interesante de considerar, fíjate en especial en su reflexión final. Este derrotero que está llevando a la actualidad política de nuestro país demuestra una cosa crucial, a mi modo de ver, y es que hubo mejores políticos en la Transición que después, eran más generosos, más lúcidos y eran un poco más antiguos, pero tenían un sentido de las cosas mucho más hondo que ahora. La política está en manos siempre de lo peor de cada clase como bien sabemos, y hay que resignarse a ello porque se administra de esta manera, pero yo creo que hubo más calidad humana y más sentido común en aquel momento que lo que ha habido ahora, que parece que estamos asistiendo a un momento de contraposiciones casi ofendidas continuamente (este es un país de ofendidos, los ofendidos son los políticos y los humillados el pueblo, como siempre). Ahora, tú enciendes el televisor, ves políticos ofendidos y tú como espectador estás humillado, contribuyen a tu humillación. Pero hablemos de la memoria histórica: yo creo que la memoria histórica se mantiene en el tiempo como un bien que tú vas recibiendo en los espacios vitales y colectivos de tu propio destino y es un patrimonio que está ahí. La memoria es peligrosa, como bien sabemos, más peligroso es el olvido, pero la memoria es peligrosa como han demostrado algunos escritores de fin del siglo veinte. Es peligrosa porque aferrarse más de lo debido a la memoria es una posibilidad impía, diríamos, de deformar la visión de la realidad. Parece que la memoria del pasado se puede matizar, se puede usar, y se puede administrar con intereses contradictorios, por lo que hay que tener mucho cuidado. Yo creo que en un país como éste, donde las cosas pasaron como pasaron y hubo un esfuerzo de comprensión,

debiéramos de estar en un momento de mayor tranquilidad porque la memoria nos pertenece a todos y todos tenemos una consciencia bastante lúcida de lo que sucedió para que todavía no nos la vengan a... Sí, tal vez la Transición contribuyó a unos cuantos pactos; pero no hay que olvidar que lo que llegaba después de la dictadura eran los resultados de una guerra fratricida virulenta, una de las terribles guerras civiles del siglo veinte, por la que un país se había desangrado y cuyos calamitosos resultados abocaban a una dictadura represora..., y tantos años después esa dictadura –hasta que se debilitó– fue tremendamente represora en el sentido más vil de la palabra. Si la Transición fue un ejercicio de olvido en algún sentido, de dejar las cosas ahí, de no andar levantando tumbas y hacer los arqueos, es probable que en ese momento al borde de la democracia se pudiera haber ido un poco más allá, y reconsiderar lo que pasó, dejar las cosas en su sitio, o decir: no seamos todos tan mirados para que cerremos las heridas y las cautericemos cuando todavía las heridas están ahí. Probablemente, hubo un exceso de benevolencia complacida por todas las partes para llegar a ese acuerdo. No creo que eso resonara o restallara demasiado en la sensibilidad común, todos estábamos muy cansados de lo que había pasado y esa consciencia del guerracivilismo tiene un peso enorme en este país porque nos cae a todas las familias y por todas partes: los muertos nos pertenecen a todos. Y una parte sustancial de la confrontación de los muertos está ahí. Está ahí en una herencia personal donde tú tienes que establecer la propia disyuntiva no de la memoria colectiva, sino de la memoria individual, y eso es un problema personal, moral, que tú tienes que resolver. Había pasado mucho tiempo y unos políticos listos que se reunieron supieron hacer esa operación. Yo no... a mí no me interesa nada ahora el resultado de rehabilitar lo que la Transición no hizo bien del todo al cien por cien. Estoy convencido de que no lo hizo todo al cien por cien, pero fue suficientemente revelador, explícito y práctico para llegar a una convivencia razonable y yo creo que los problemas que podemos tener ahora son problemas derivados de este eterno pleito de este país que no acaba de entenderse a sí mismo. ¿No es cierto? El pleito remite sólo a lo de siempre, remite a los muertos, pero, bueno, los muertos los vamos a dejar en paz. Pero el país, sí que es cierto, estamos ahora en un momento muy crítico. Yo, personalmente creo que con los políticos de la Transición no estaríamos en un momento tan malo. Los políticos se han degradado a niveles verdaderamente penosos, de verdad, y había que desapuntarse de ellos. Yo creo que se vive mucho mejor sin políticos y que la desgracia del mundo está en manos de toda esta catástrofe que tenemos que son los que nos gobiernan.

Muy polémico, pero vale...

Jordi Doce: Sólo muy brevemente, algo a propósito de la memoria histórica. Yo creo que en el año 35/36 hay una legalidad política institucional en este país y esa legalidad se rompe, y hay un golpe de estado y una guerra civil provocada por un bando insurgente que cuestiona, impugna y ataca con ferocidad la realidad vigente. Dicho esto, cuando se empieza una guerra todo el mundo sale perdiendo y muertos los hay en todos los bandos, al final hay una inmensa sangría, un inmenso derroche de dolor, de fuerzas, de juventud, en fin, es una pérdida inmensa para el país. Y muertos los hay en todas partes. Entonces, si vamos a recuperar nuestro pasado, y me parece que es importante que una sociedad conozca su pasado y lo recupere, es para iluminar el presente a la luz de lo que todos podemos aprender del pasado. Ahora bien, lo que no me vale es que esa recuperación signifique o suponga trasladar las estructuras de pensamiento de esa época, trasladar los paradigmas de esa época a la nuestra. Es decir, no me vale que traslademos una serie de cuestiones muy candentes entonces y las traigamos tal cual al presente. No creo que eso sea la función de recuperar el pasado, sino de intentar entenderlo con toda su complejidad, con todos sus matices para, en todo caso, intentar ver qué es lo que nos aporta a la hora de comprender el presente. Lo que no voy a aceptar es la traslación sin cambios de una serie de paradigmas o de una serie de divisiones y de estructuras políticas que no me interesan, porque el país ha cambiado mucho, su economía ha cambiado, su demografía ha cambiado, su cultura ha cambiado (para bien o para mal, pero ha cambiado). Así pues, hagamos memoria histórica, pero hagámosla con todas sus zonas grises y todos sus claroscuros, partiendo también de la base de que efectivamente había una legalidad y esa legalidad fue fracturada, fue hecha pedazos. Pero si entramos a analizar la guerra... en las guerras se pierden por completo los papeles, se pierde toda la razón, al final es una cuestión de supervivencia y ahí ya es difícil, por no decir imposible, establecer justicias, responsabilidades... Al final todo es una inmensa pérdida y lo único que cabe hacer es arrojar un poco de luz, mirar el pasado desde la misericordia y el perdón y seguir adelante.

Y lo que tú dices, Luis Mateo, pues seguramente tiene algo que ver con que los políticos que tenemos ahora son políticos profesionales desde los veinte años, son hombres de partido que, salvo excepciones, no tienen concepción del estado, no son estadistas, para usar el viejo término casi decimonónico, son hombres de partido, son funcionarios de sus partidos, de una política muy mezquina del día a día manejada por intereses que rara vez se elevan por encima de un horizonte muy chato. De esas

limitaciones estamos siendo víctimas una y otra vez, pero pasa también en otros muchos ámbitos de la vida, se está pensando en términos muy chatos, de muy corto vuelo, de muy corto alcance.

David, ¿te parece que se silenció la memoria histórica durante la Transición?

David Castillo: Esta es una mierda de memoria... En realidad, por ejemplo en Alemania siempre están hablando de todo eso..., que si Hitler, que si los judíos, que si los comunistas, que si la Stasi, que si la policía política, la República Democrática. A veces la sociedad genera unos mecanismos de amnesia selectiva para eliminar cosas traumáticas. Sí, hay que confrontarse con eso, pero estamos hablando de la Transición, ¿no? Pues si te hablo de la Transición, pues te voy a hablar de la recepción de Jimi Hendrix o de Frank Zappa o de los *Rolling Stones* (muy emotiva) o de los *Scorpions*, el grupo alemán. Todo el resto de lo que pasó es una mierda. Que yo estuviera en la cárcel en el año... que me detuvieran a mí 28 veces... Fui 28 veces detenido, siendo un militante universitario, lector de Gracián o de Quevedo, poeta, y es una cosa absurda, de la misma manera que era absurdo que yo llevase una pistola en un bolsillo de la americana y una antología de poemas en la otra casi como una pistola. Es la verdad, pues íbamos así, pero la pistola ha sido para nada, la pistola era una mierda, ha sido para un museo, así, ¿no?, o para ir a practicar el tiro al blanco, pero no para utilizarla. Me niego a ver el tiempo pasado como algo mejor. ¿Sabes que hay un poema de J. Manrique que dice que cualquier tiempo pasado fue mejor? Pues yo creo que cualquier tiempo pasado fue peor. Para vosotros, para nosotros, y en general. Ahora la sociedad es moderna, la gente es guapa, la mayoría de los chicos y de las chicas van bien arreglados...

¿Pero no es eso exactamente el problema, y que si no hablas, si no te confrontas con tu pasado, que el pasado se embellece?

Eso es una cita de Marx. Franco la desvía, utiliza una cita de Marx, sin saber que era de Marx, que decía que el pueblo que no conoce su historia está condenado a repetirla.

Para mí la historia no es un período cronológico, y aunque haya mucha mierda en tal año, en los años 30 y en los años 40, por ejemplo, ya que están todos allí excavando... No obstante las actitudes naturales del pueblo

son mucho más inteligentes, y puede ser excesiva esa reflexión o ese debate continuado de por qué los Nazis hicieron esto o dejaban de hacerlo, creo que esto es un momento de locura.

¿Pero no ves un peligro en que todavía hoy hay gente que niega los horrores del Franquismo?

A ver... las organizaciones de la izquierda también cometieron muchos desmanes, yo provengo de este ámbito, todos quemamos las iglesias, matamos curas, arrasamos altares como si fuera la Revolución Francesa, la revolución francesa se impuso y la nuestra fue una quemaiglesias. En España los anarquistas quemaban las iglesias y las convertían en almacenes, bueno, en salas de reuniones. Luego, los católicos vuelven, se impone una reacción, pero luego eso se relaja, se muere Franco y todo cambia. Es una lección de historia más, no es un peligro. Yo creo que hay lo satisfactorio de que tú puedas tener interés en eso y que yo te lo pueda explicar. Yo tengo una familia llena de muertos. Nosotros no celebramos la Navidad: no la celebramos porque fusilaron a dos tíos míos, dos hermanos de mi abuela fueron fusilados por los franquistas el día de Navidad, y se dejó de hacer las navidades. Mi bisabuela cuando veía un crucifijo lo rompía, había enloquecido, rompía el crucifijo, porque uno de sus hijos que fusilaron había sido católico y le pagaron con eso. Pero de mi misma familia, en la checa soviética, también desapareció uno de mis tíos que era militante católico y había hecho un museo de zoología en Barcelona, había pasado toda la vida por la costa de China y de Indochina recogiendo moluscos para montar un museo de zoología importante..., y que hay en Barcelona. Ése desapareció. No se encontró nunca su cadáver. Si me fuera a Moscú a los archivos de la GPU soviética o del KGB sabría dónde está, porque lo aportaban todo. Pero en España pasan el día abriendo tumbas, no saben éstos del último fenómeno, se pasan... con el rollo este de la memoria, se pasan el día abriendo tumbas, recogiendo cadáveres de militantes de organizaciones de izquierda que están en el campo. Cada día, Annika, en los cementerios muchas lápidas se abren, porque las familias no pagan el alquiler por dejadez, no por problemas económicos, por dejadez absoluta, y se van a la fosa común. Y a veces dices que todo esto parece que esté favorecido por empresas de pompas fúnebres para sacar dinero, que esa es mi visión, ¿eh? No es la visión oficial. Estoy harto de toda esa mierda. Manolo Vázquez Montalbán, uno de los grandes escritores, Manolo Vázquez Montalbán, decía que el franquismo desprendió un olor a calcetín sucio, y es el olor de eso que me viene.

¿Y no hay aspectos que ves que deberían sacarse hoy a relucir de la Transición, que habían sido reprimidos aunque veas que la amnesia en parte es sana?

Yo creo que los aspectos estéticos sí, soy partidario de la amnesia selectiva, pero la mayoría de los aspectos positivos de la Transición los veo en el terreno artístico, literario, sentimental: la transformación, pero yo preferiría ser más joven y haberme ahorrado eso. Prefiero vivir ahora en un piso con calefacción, o climatización en verano, y no en la ciudad que viví, que estaba llena de barracas, de gente pobre, me levantaba a las seis de la mañana para ir a trabajar desde los catorce años, llevo 31 años en la seguridad social trabajando...

Retomemos de nuevo el hilo de nuestro debate: ¿hay asignaturas pendientes de la Transición?

Luis Mateo Díez: No lo sé, no lo sé. De la Transición yo tengo la sensación de que es un tiempo donde confluyen cosas muy complejas, muy contradictorias que están entre la memoria de lo que sucedió y el tiempo histórico, las desavenencias y otros factores, pero yo tengo una sensación que todo eso confluye y se cierra, confluye y se cierra y se cierra bastante bien. Yo pienso que ahí hubo suerte, es un tiempo histórico resuelto con suerte. De suyo, a partir de ese momento España vive algunos de los años mejores de su historia. Y creo que es verdad, con todo lo que creamos, que se establece el advenimiento de la democracia como bien, el propio desarrollo de la gestión política, la transformación que sufre este país, luego con las contaminaciones, en seguida las corrupciones... pero olvidemos ahora eso. Se establecen unos años de convivencia y de prosperidad, de progreso en todos los sentidos que auspician muy bien lo que pudiera tener España (tirémonos alguna flor de vez en cuando) de resultados derivados de nuestra condición vitalista. Nuestra condición vitalista se refleja muy bien en un tipo de inteligencia, en un sentido del trabajo. España no es un país vago, sino que es un país esforzadísimo donde la gente trabaja mucho más que en Alemania y que en Francia, que en ningún sitio. Somos los más trabajadores del mundo, y además revierte mucho en esta España que arranca el esfuerzo anterior de lo que fue una emigración heroica a la que nos referimos demasiado poco. La emigración heroica en España – eso es un ejemplo que habría que ponerlo a todos los países – porque esa es una emigración silenciosa, callada, sufridora y desde esa infraestructura del sudor humano se levanta este país. El país, como sabes, entre otras cosas empieza a levantarse

antes de la llegada de la democracia con los planes de desarrollo, pero se levanta desde la gente que se va fuera anónimamente y con el dinero que llega anónimamente. Ahí hay una ética verdaderamente extraordinaria a la que no se le ha hecho suficiente honra, y ésa es la memoria histórica que habría que poner de relieve, no sólo a ésa tan legendaria del pasado, de nuestros muertos que todos asumimos, sino a la del trabajo. Creo que ese es el gran débito, y que esa sea una asignatura perdida de la democracia: el reconocimiento al subsuelo en el que es posible reconstruir un tejido suficiente que proviene de la última etapa del franquismo, para que este país alcance un despegue de desarrollo democrático que tenga una connotación ya para hacer nuestra entrada en Europa y para hacer ese tipo de cosas. Hay alguna franja de historia vital de este país que nunca se ha reconocido y que pertenece al secreto del sumario. Pues, puede que eso sea una de las cosas a las que tendríamos que hacer un tipo de reconocimiento porque, en realidad, luego no ha habido magos, no los hay en ningún sitio, las cosas salen siempre del esfuerzo y del sudor. No sé, quizá me olvide de más cosas. En fin, veo la Transición como un gran avatar de confluencia, una suerte, de una serie de personas con nombre propio. También los partidos son generosos, hay también en ese momento a través de los pactos de la Moncloa unos esfuerzos sindicales representativos fuertes, sobre todo movimientos de Comisiones Obreras que estaban en la infraestructura del substrato en la lucha antifranquista haciendo las cosas con mucha seriedad, minando el régimen y toda esa gente está de acuerdo con cierta facilidad a la hora de la verdad pero ahora que los sindicatos están ya tan deteriorados..., porque la marcha de los tiempos nos da una visión a veces casi caricaturesca de lo que es el mundo sindical, así que habría que hacer un reconocimiento a lo que fue esa lucha oscura tan importante. Probablemente los reconocimientos no hechos están en las contribuciones anónimas.

Jordi Doce: Estoy muy de acuerdo con Luis en este punto. Me parece que la Transición provoca en alguna gente esa tendencia a la crítica, ¿no?, a pedirle algo que realmente no se le podía pedir; es decir, la Transición, esos 15 o 20 años, no podía ser la única responsable de la modernización de este país. Los últimos dos o tres siglos de este país son la historia de una modernización abortada o siempre retrasada, demorada o interrumpida de alguna forma, es decir, que aquellas carencias que el país pueda seguir teniendo no creo que se puedan atribuir solo a la Transición, sino que se deben realmente a que la historia de España en los últimos dos siglos es una historia complicada, conflictiva, en la que también ha habido a veces modernidad de muy buen cuño, sobre todo en ciertos núcleos urbanos, y

con algunos frutos muy notables. Pero, efectivamente, no se podía lograr en esos 20 años lo que no se pudo lograr en 200. Así pues, si vamos a denunciar las múltiples carencias que tiene este país, que es una sociedad todavía muy clientelar y donde la burocracia sigue teniendo un peso muy grande (aunque tampoco sé si esto es característico de este país), no me parece que esas carencias, que se pueden analizar y estudiar, deban atribuirse constantemente a la Transición como tal. Es decir, cuanto más la veo desde la distancia, más me asombro de que personas que habían participado en la lucha política en bandos opuestos se entendieran de la forma en que se entendieron y que llegaran a pactar ciertas condiciones básicas de entendimiento y de convivencia. Supongo que también fueron impulsados por cierto anhelo de paz (la paz de los ahítos o los temerosos) en el interior del país, pero también por ciertas circunstancias de la política exterior, porque al fin y al cabo estábamos en una Europa moderna, con mejores comunicaciones y un mayor acceso a la comunicación. Así que, a mi juicio, habría que subrayar que no todo es culpa de la Transición, ni mucho menos.

David Castillo: Ninguna asignatura pendiente. Todo aprobado. Aprobado porque nuestro país nunca había estado tanto tiempo en una situación democrática, nuestro país nunca había estado tanto tiempo, nunca, nunca, nunca en toda su historia sin guerras. Los españoles lucharon contra las tribus americanas, las destrozaron a todas, luego entramos en guerras internas de decadencia, luchamos contra los franceses, contra los ingleses, contra los flamencos, casi siempre con los imperios, estamos luchando miserablemente entre nosotros, catalanes contra españoles, cartagés, de Cartagena, contra los españoles, dentro contra los portugueses, siempre luchando, siempre luchando, siempre luchando. Y una espada en una mano y la cruz en otra, la espadacruz. Y ahora todo se ha acabado, finalmente se acabó, se acabó el follón y encima vamos a intentar recordar todo eso... Yo fui un militante de una organización anarquista y estuve en la cárcel, hay alguno de mis compañeros que murió en eso, otros están en perpetua. Entonces luchaban por toda Europa esos movimientos, había los militantes alemanes de la Baader-Meinhof, organizaciones paralelas a las nuestras, en Francia Acción Directa, en Italia Lotta Continua, Brigadas Rojas, lo que ha sido en la cárcel, ahí lleva tantos años... ¿Por qué? Por la liberación del pueblo, por la revolución marxista-leninista, por la anarquía... La gente va a ritmo más lento, más evolucionado, ahora los políticos casi que no cuentan, son unos gestores, en aquella época hablabamos de los políticos como los gestores del capitalismo. ¿Tenemos una asignatura pendiente? Pues no. Todo eso es un capítulo de la historia superado y bien superado. Y los que creemos

continuamos militando en organizaciones libertarias, como en mi caso, nuestras organizaciones se han convertido en organizaciones culturales, en un centro de documentación y en grupo de opinión o en editoriales (somos rejuntados por la fórmula cultural). Yo pertenecí a un grupúsculo situacionista que intentaba aplicar la liberación en terreno individual, la revolución en el terreno cotidiano, el prohibido prohibir, lo único que no está en crisis es la crisis, eran muchos aforismos, ¿no? Yo soy un tío de pueblo, vengo del pueblo, casi del lumpenproletariado...

¿Hay algo que llamarías un trauma que te dejó la Transición? Empecemos con David ya que está en racha...

David Castillo: Un montón de muertos, o sea de mi generación, pues, cerca de un treinta por ciento de muertos, eso sí que es traumático. Pues éramos unos inocentes, y nos creíamos a Lou Reed cuando se pinchaba en público, es que Reed salía en sus actuaciones y se metía un chute de heroína mientras cantaba "Heroin". O Eric Clapton cantaba "Cocaine" o J.J. Cale o los *Beatles* exaltaban el LSD que te destrozaba las neuronas de la cabeza o los *Rolling Stones* hablaban de "Brown Sugar" de la heroína o el Bob Marley que estaba fumándose porros a discreción hasta el atontamiento. Todo eso fueron doctrinas en las que se creía, lo cual es un fracaso también. Y la gente de derechas entonces se pensaba que nosotros éramos unos demonios, pero nosotros los odiábamos y los hubiéramos eliminado si hubiéramos podido. Nos eliminaron ellos.

Luis Mateo Díez: No, yo creo que no, bueno, sí, hay un trauma, hay un trauma. Vamos a ver, es que la Transición es ese pacto crucial en el que se resuelven las cosas y se empieza un nuevo momento. Si eso lo llamamos Transición, no me dejó ningún trauma, sino al contrario, creo que hay ejemplaridad, generosidad y como dice Jordi un encuentro y un reconocimiento de contradictorios protagonistas de muy contradictorias posibilidades y opciones políticas a la vez. Y eso se suscita, hay además un caldo de cultivo previo que lo suscita y a veces personajes que (como Adolfo Suárez) se convierten en un adalid para concitar todo aquello. También el reconocimiento del Partido Comunista se hizo de una manera inteligentísima con Santiago Carrillo, en fin, se hicieron cosas muy bien hechas y además eran cosas como muy graves y se hacían como muy sencillas, o lo parecía. Yo tal vez de ese momento de lo que me conduelo es del exceso de expectativas que tuvimos los integrantes de una cierta generación, que veían

que habían llegado los más listos de los que estaban con nosotros en los pupitres, a los que les entregábamos todas nuestras convicciones y toda nuestra confianza con la herencia un poco ingenuista de lo que teníamos entonces, es decir con un gran sentido inocente de las cosas. Había una sobrecarga de idealismo, pero la realidad política era más dura de pelar que lo que ese idealismo, que también a veces es una manera de quitarte de encima aquello en lo que no quieres participar o someterte y lo delegas. La democracia tiene a su favor que delegas en quien tú crees que te va a representar fielmente, todo aquello que tú crees que alguien debiera de hacer, un poco oscuramente sin tener consciencia de ello. Bueno, lo duro de ese proceso en el momento en el arranque que la realidad siempre desmiente algo las ilusiones excesivas. Tal vez de lo que yo me conduelo más o de lo que más me debiera de condoler es de un exceso de idealismo, o sea de una falta de un realismo más propicio para entender que las cosas no se pueden hacer como tú crees, de esa manera un poco mesiánica o un poco exagerada, que en realidad gobernar un país es muy complicado y que la gente que accede a ello invierte un destino de sus vidas que tú no has querido invertir.

Jordi Doce: Sospecho que hay un pequeño trauma en la generación de mis padres, la gente que cuando murió Franco estaban en los 30, los 40, 45 años y que fueron los que luego tuvieron la responsabilidad de gobernar y de intentar llevar la nave a buen puerto, y quizás esa responsabilidad fragmentó e hizo más visible la fragmentación de una parte de esa generación. Es una fractura entre aquellos que asumieron esa realidad y la intentaron conducir con pragmatismo, a veces con excesivo pragmatismo o incluso en algún caso con cinismo, y aquéllos que quizás con un grado alto de idealismo o de sentimiento utópico se sintieron al margen. Quizás el trauma mayor, yo creo, que no es un trauma de la Transición pero que tiene que ver mucho con la Transición, es el terrorismo. Porque el terrorismo, en un primer momento, está presente como un elemento más de la lucha anti-franquista. Puede no ser algo consciente, pero está ahí. Esto crea una complejidad emocional, unas relaciones muy complejas de muchas personas de bien en relación con la acción terrorista, en relación con el nacionalismo vasco separatista y violento. Y esto ha complicado las cosas porque hay muchas personas que, siendo demócratas y gente de bien, se sintieron en un primer momento compañeros de viaje de algunas de estas posiciones. O al menos practicaron cierto grado de tolerancia. Así, resulta un poco curioso que una persona como Melitón Manzanas (un torturador insigne de la época franquista que también fue víctima del terrorismo) esté ahora

en todas las listas de víctimas del terrorismo con gente con la que no se le puede comparar. ¿Qué pasa? Que ese tipo de hechos crea dialécticas excesivamente maniqueas y zonas blancas y negras que dejan muy poco espacio para el gris, para la duda, para los matices. Ahí ha quedado un trauma que espero se pueda resolver en los próximos años. Creo que en este momento se está tratando de tomar el toro por los cuernos, veremos cómo se resuelve. Se podría hablar mucho de ello, aunque tal vez no sea un trauma de la Transición porque empieza mucho antes y terminará mucho después, si es que termina alguna vez.

¿Dirías que la Transición española puede ser un modelo para el paso a un sistema democrático?

Luis Mateo Díez: La Transición española, sí. Con respecto a todo pasado se ha demostrado que fue una fórmula que impuso una manera de hacer las cosas. No voy a decir que fuera la primera vez que se hacía de esa forma, pero dadas las especiales connotaciones de la España de ese tiempo, la largura extenuante de una dictadura tan estúpida como la de Franco, lo que esa democracia procreaba de contradicciones, de enemistades tan férreamente constituidas vino a demostrar que entre los antifranquistas históricos y dentro los antifranquistas vitales había una connivencia grande. Existía esa posibilidad de decir, aquí ha pasado tanto tiempo que hay un compromiso previo a que se muriera este señor, ya que nadie lo pudo matar, y hay un compromiso previo de que desde que se muere este señor hay que entenderse y hay que organizar algo nuevo. Hay que hacer una constitución, no podemos soslayarlo, que es una figura institucional como la del monarca, en fin, está un reino, en el que había un monarca constitucional, que él mismo había sufrido avatares bastante indignos a lo largo de ese tiempo. Yo creo que eso daba una serie de connotaciones muy peculiares y muy propicias para que aquello se pudiera hacer bien o para que acabara como el rosario de la aurora; todo ha salido muy bien, pero todo hubiera podido salir muy mal, y por eso sí hay pauta de ejemplaridad de cómo la gente de bien se puede entender y de cómo un país puede empezar a organizarse después de tantas penosas vicisitudes con esa intención de solventar los problemas, de llegar a acuerdos y de hacer que todo marche. Yo pienso que aquel primer Parlamento después de las elecciones en el que conviven por lo menos física y simbólicamente gentes tan absolutamente ajenas como la Pasionaria, Alberti o gentes que provienen del pasado más remoto y que estaban ahí casi como supervivientes simbólicos de lo que había sucedido,

desde Fraga hasta con la gente de una extrema izquierda, ya reducida a la mínima expresión que estaba ahí y con representantes del País Vasco... ese Parlamento, visualmente, desde luego ejemplariza una posibilidad de cómo las cosas se pueden hacer. Y en ese sentido, pues sí, está bien. Está bien que los catedráticos de derecho político y los estudiosos puedan decir “bueno, aquí hay un avatar histórico curioso a estudiar”.

Jordi Doce: Inspira cierta esperanza, es cierto, pero no sé si ofrece un modelo práctico, puesto que las circunstancias de cada sociedad y cada país son muy distintas. Posteriormente ha habido muchos países también de la Europa oriental que han pasado de regímenes autoritarios a regímenes más o menos democráticos, incluso que no han logrado hacer esa transición (como Rusia, que dista mucho de ser un país democrático en un sentido ortodoxo del término). Creo que da pie a la esperanza, como ejemplo de que este tipo de cambios pueden darse. Pero como modelo práctico no creo que pueda volverse a aplicar, pues las circunstancias teóricas son siempre muy distintas, España es un país muy peculiar, todos los países tienen su propia historia y son en última instancia comunidades peculiares. Pero sí que da un fundamento para la esperanza, efectivamente.

David Castillo: No os contradigo: veo a la Transición como una chapuza, pues eso es lo que es la Transición.

Bueno, os pediría a los tres una reflexión final: ¿podríais cifrar la Transición en un concepto o en una imagen?

Luis Mateo Díez: Bueno, transitar es mudar, cambiar, avanzar, pues, una transición es cuando la culebra cambia la camisa, diríamos que es superar el tránsito. Tal vez, a lo mejor en este caso la consciencia diría: tenemos una larga enfermedad que ha causado muchísimos problemas y para curarla tenemos que tomar ahora una medicación, y ese tiempo nos va a hacer que la medicación tenga unos efectos que tenemos que digerir para luego pasar a un espacio posterior... La transición es siempre problemática y no apacible. Es como un momento de confluencia, como decía antes, y esa es la sensación que tengo, la sensación que tengo es el momento en que todo revierte, todo llega, las aguas están quietas, de pronto contenidas y aquello puede reventar o puede empezar a funcionar por un cauce distinto. Esa sería la imagen que se me ocurre. Es un momento traumático, porque es un momento en el que todas las fuerzas contenidas tienen relevancias vario-

pintas y a la vez la contención de las fuerzas es —psicológica, social, política, estructural y económicamente— lo que le produce a ese momento una gran tensión. Y la verdad es que cuando recordamos los días cruciales de la Transición en la primera etapa, vemos que eran días de una gran tensión. Yo creo que la Transición se hace mucho en la confluencia de toda esa violencia del pasado que está ya en algún sentido laminada o diluida y de lo que es la esperanza y la expectativa del futuro que hace que esté al otro lado del muro y que tiene que haber una contención que permita esa salida a lo que viene luego. Fue un tiempo de tensión, yo creo que fue un tiempo muy esperanzador y yo creo que fue un tiempo en el que este país tuvo consciencia de que aquello iba a salir bien. De pronto se vio, como dicen los políticos, que el pueblo estaba maduro.

Jordi Doce: Pensemos en un organismo que funcionaba de manera perversa y al que la cabeza le desaparece, esa cabeza que coordinaba las cosas de forma siniestra y perversa. El resto del cuerpo tiene que reorganizarse, encontrar su nuevo lugar y generar de alguna manera otra cabeza rectora que pueda dirigir el organismo. Esa reorganización se hace con tanteos, tensiones, conflictos, pero finalmente sale bien. Y como salió bien, la lógica aplastante del hecho consumado nos hace pensar que todo indicaba que iba a salir bien. Pero yo tampoco tengo una memoria personal muy intensa de aquel tiempo, yo tenía 7 años en 1975 y 14 en el 82, y por eso me tengo que fiar un poco de mis mayores y de mis lecturas: parece ser que sí, que había mucha gente que estaba trabajando para el bien común. Pero en cualquier caso suponía una reorganización total de la comunidad y en ese sentido exigía, en fin, que todo confluyera y que todo el mundo estuviera dispuesto a asumir otro papel o a trabajar de una manera diferente.

David Castillo: Yo creo que el concepto de transición es un intento en algunos territorios fallido, en algunos aspectos equivocado y en otros aspectos muy positivo. Se hizo como se pudo, a veces con unos medios limitados, yo creo que la abre el primer ministro demócrata presidente, Adolfo Suárez, quien provenía de la Falange pero tenía una evolución muy interesante y moderniza el país. La socialdemocracia hace lo que puede, y hay unas cosas positivas como la apertura a Europa, pero otras negativas, como el terrorismo de Estado sistemático, la corrupción, cosas que habían sido muy duramente reprimidas durante el franquismo. Socialmente hubo una transformación diametral absoluta de nuestra manera de pensar. El futuro es esperanzador aunque creo que estamos, desgraciadamente, en una reserva mundial de bienestar, en la sociedad de bienestar. Yo

podría tener una visión muy negativa, pero la verdad es que la visión es ultrapositiva.

Y para terminar sólo una pregunta más para David: ¿qué significó la Transición para la literatura o la poesía catalana?

David Castillo: La Transición significa como en otras literaturas modernas un paso de una literatura elitista a una literatura de masas, partimos de una base también de que la poesía catalana y la poesía española miraban al futuro, la poesía estaba cargada de futuro utópico, pero pasamos de que la simbología del país fueran estos poetas a un período de su desaparición, porque los políticos profesionales sustituyen a los poetas y a los cantautores ... (ya no hay gente que imita a Joan Baez o a Alan Ginsberg o a Stuchenko hasta que se recuperó una sociedad de consumo también literaria, y tenemos un fenómeno curioso de que a nuestros recitales de poesía vienen más de mil personas). Hoy llenamos un teatro, y la gente nos monta una manifestación porque no puede entrar en la puerta, tenemos que avisar a la policía para que lo disuelva. Uno de nuestros poetas publica libros y se mete en las listas de bestsellers de los diarios, es un fenómeno curioso, ¿no? Entonces hubo la prostitución de grandes nombres, han desaparecido nuestros grandes nombres, pero también desaparecieron los grandes nombres de la narrativa americana Scott Fitzgerald, Dos Passos, Hemingway, Steinbeck, los grandes escritores alemanes han ido progresivamente desapareciendo, Heinrich Böll o Martin Walser incluso Günter Grass, que se tenía como un dinosaurio. Ahora hay mucha gente, pero tú puedes ir a buscarte exactamente lo que te interesa, hay muchos más, ya no hay las grandes figuras, no es concebible que apareciese un Goethe, y que hablaran de la literatura supranacional y que hicieran grandes canciones los músicos alemanes ¿no? En Cataluña pasa lo mismo, también hay una tradición de germanistas, discípulos de Hölderlin, de Rilke, alguno de los grandes poetas del expresionismo, hay toda una tradición en paralelo. La Transición ha servido para conseguir una literatura de consumo de calidad, unas novelas aptas también para la feminización. Cuando hice en el 89, casi en el período de transición, una antología de poesía joven catalana, en los 18 autores sólo había dos mujeres, pero ahora para la feria de Guadalajara, México, la feria más importante del libro español, invitaron a la literatura catalana –como la invitan a Frankfurt el año que viene– y me pidieron una antología de jóvenes poetas catalanes y la mayoría son mujeres, sólo cuatro hombres. Eso es la feminización, que en una traducción casi, diríamos, magistral, implica que lo que

domina ya no es la fuerza, sino que es la inteligencia. Victoria Prego hizo unos reportajes en televisión española sobre la Transición y todos eran políticos: Adolfo Suárez, Fernández Ordóñez, Felipe González y de aquí nuestro Jordi Pujol en Cataluña. Parecía que la sociedad española era eso, pero no era esa la sociedad española. La sociedad española éramos nosotros, con los pelos a la espalda, furiosos, con los cócteles Molotov y con la heroína y con una visión del sexo frenética...

Así podríamos volver a empezar, pero acabamos: muchas gracias a todos.

Entrevista de Annika Maaß